

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

UNIDAD, “CLASE” POLITICA, PERSPECTIVAS

No hay unidad política sino en función estratégica. Sin ella no cabe unidad, ni falta que hace. Para hacer las cosas mal, más vale separarse, lo que permite preservar los factores de recuperación ideológica y política. Toda división es, cuando menos, cosa de dos, pues nadie a inventado por ahora la forma de dividir por uno. La cuestión está en saber qué se divide y para qué. Los pueblos no son derrotados porque divididos, la liquidación estratégica precede a la descomposición política. Las inevitables divisiones suplementarias, por los más irrelevantes o deleznable motivos circunstanciales o personales, sólo manifiestan que la destrucción estratégica y la división política se han producido ya con anterioridad.

No hay clase política diferenciada sino en cuanto órgano de una función estratégica. Una sociedad moderna no puede “pasar” de la difícil y aleatoria *producción* de una “clase” política y una organización propias, relativamente competentes y controlables, de forma que los pueblos no se encuentren dirigidos desde fuera hasta en sus propios intentos de oposición. La necesidad es tanto mayor para la nación oprimida que para la opresora. Esta puede imponerse, e incluso beneficiarse, con un material de ínfima o deleznable calidad, que sería fatal para aquella.

Una clase política es un producto social difícil, raro y caro. Como la cultura o la lengua, no se improvisa o se fabrica con cursillos pre-electorales o clases nocturnas, aun dando por resuelto por petición de principio el molesto problema de quién instruye a los instructores. A falta de clase política, por carencia de las condiciones históricas, sociales, económicas, políticas y culturales para fabricarse una, el vacío correspondiente se rellena por una burocracia que incorpora la nube de incapaces, indocumentados, aprovechados, irresponsables y exhibicionistas que, sin saber siquiera con qué se come eso, se descubren una vocación y un destino político en la colaboración, la complicidad y la traición. Si los trabajadores productivos, agricultores, carpinteros, panaderos etc, de los países ocupados tuvieran el nivel técnico de su corporación política, el conflicto se resolvería rápidamente por colapso general de la producción y el consumo.

No hay clase ni organización capaz de crear una situación revolucionaria donde faltan las condiciones sociales e ideológicas para ello. Pero una pretendida clase política que retarda absoluta y relativamente sobre la conciencia y la exigencia de la resistencia popular espontánea se basta por sí sola para arruinar el más favorable de los complejos ideológico-políticos. Los pueblos oprimidos pueden soportar muchas cosas, pero una burocracia incompetente, engreída, indecisa, derrotista, manipulada, infiltrada, corrompida, colaboracionista o cómplice, encuadrada en los servicios auxiliares del imperialismo como parte integrante ideológica y política de la estructura de dominación y ocupación, es un handicap que no pueden permitirse. Desembarazarse de su costosa, desastrosa y esterilizante tiranía es la primera condición de recuperación democrática. Su erradicación ideológica y política es una tarea de salud pública, sin la cual el restablecimiento de las fuerzas democráticas es imposible. Pero toda sociedad tiene, en buena medida, la clase política que se merece, y no siempre los medios de enfrentarse a ella.

Podría pensarse que, después de muchos años o muchos siglos en que se suceden conquista, represión, guerras de resolución y exterminio, el sentido, el contenido y el balance de la historia y de sus métodos no dejan dudas para nadie, que los catastróficos resultados de “la

vía institucional y la lucha armada” en las condiciones del imperialismo y el fascismo, deben llevar “normalmente” a un amplio movimiento social para su reconsideración, revisión y sustitución por medios diferentes. Pero los pueblos ocupados y colonizados no están en su estado normal, y no reaccionan como si lo estuvieran. Con terquedad que asombraría al propio escarabajo pelotero, repiten incesantemente las mismas desastrosas, fracasadas e inútiles tentativas, los mismos esfuerzos desesperados para salir de la trampa sin salida en que estupidez y corrupción, dogmatismo y obscurantismo, charlatanismo e ilusionismo, sectarismo y corporativismo, burocratismo y autoritarismo, mezquinas y vanas ambiciones individuales y colectivas los han encerrado. Obstinados o estúpidos, prosiguen su marcha al desastre.

El subdesarrollo cultural, el opio ideológico, la retórica moralista, la liquidación de la democracia interna y externa, la total ignorancia de la esencia misma de lo político, el sabotaje de las instituciones propias y la participación y "legitimación" de las ajenas no tienen cabida en un mundo que no tolera ni perdona debilidades, dilaciones ni tergiversaciones. Los pueblos débiles, poco o nada aptos para la política internacional, se pasan así la vida esperando algo que no llega nunca, porque nada, y menos la libertad, llega nunca por obra de vanas ilusiones que producen una y otra vez amargas desilusiones.

Al imperialismo y el fascismo se les combate con una oposición ideológica y política de nivel estratégico. Si no se puede o no se quiere alcanzarla, entonces no se les combate con nada.